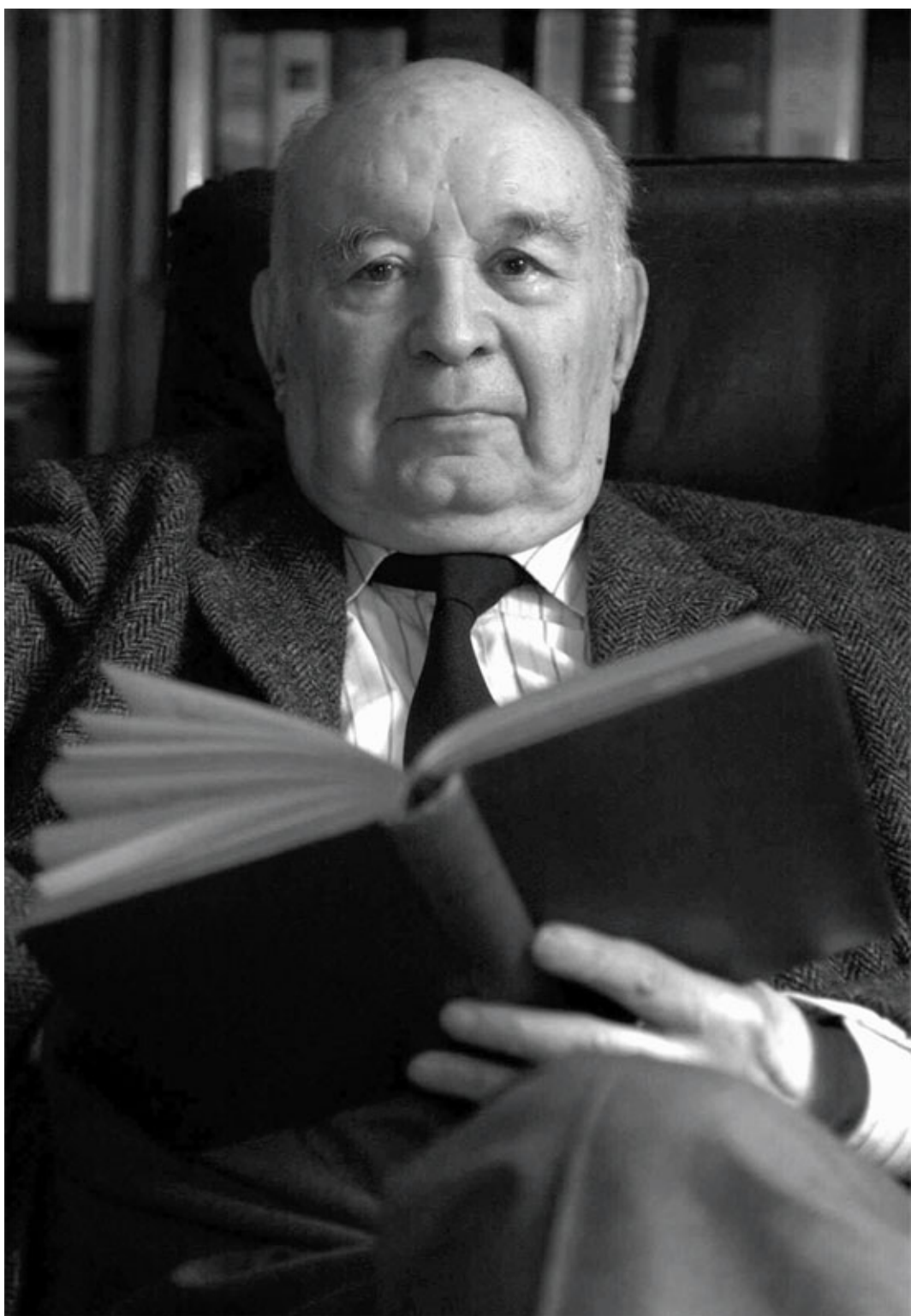


La epopeya de la clausura Cervanteando

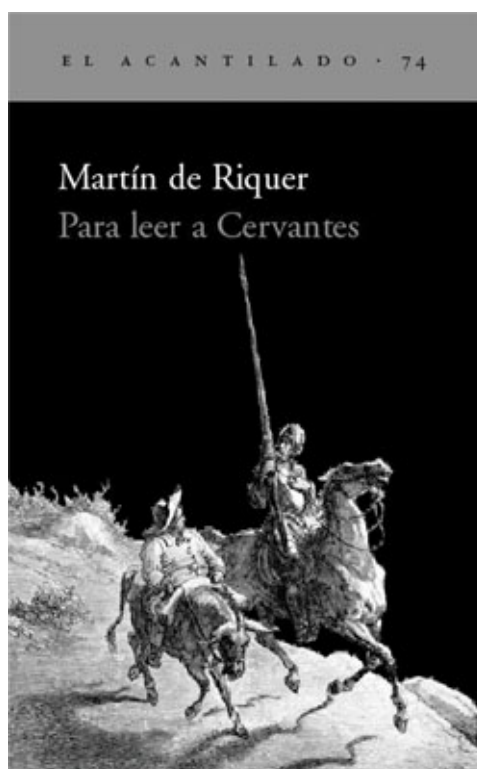
Christopher Domínguez Michael

Entre los libros que festejaron los 400 años de la primera edición de la primera parte del *Quijote* (1605) destacó *Para leer a Cervantes* (2003) del hoy centenario filólogo catalán Martín de Riquer (1915), uno de los grandes cervantistas de todos los tiempos, lo mismo que erudito en la literatura provenzal. Diez años después, cuando toca su turno a la onomástica de la segunda parte del *Quijote*, será otra vez indispensable aquel Riquer. El tomo reúne varios de los ensayos dedicados por él durante medio siglo a la materia cervantina e incluye “Cervantes, Passamonte y Avellaneda” (1988), un estudio bien conocido por los especialistas, pero que ha ido penetrando en un público más amplio. Se trata, esta última, de una investigación apasionante que quizá dilucida un misterio mayor de la literatura española: quién fue el autor de la apócrifa segunda parte del *Quijote* aparecida en 1614 y firmada por alguien llamado Alonso Fernández de Avellaneda.

Un año antes de la publicación de la segunda parte del *Quijote* cervantino, apareció en Tarragona una versión apócrifa. Aunque era común que un autor decidiese continuar la obra de otro —como las segundas partes del *Lazarillo de Tormes* o la *Diana* de Montemayor, concluida por Gil Polo—, en este caso el libro estaba escrito contra Cervantes, insultado gravemente por Alonso Fernández de Avellaneda. Fue el propio Cervantes, quien en la segunda parte de su *Quijote*, dio a entender que tras ese pseudónimo se ocultaba un calumniador aragonés. Martín de Riquer trata de demostrar que Alonso Fernández de Avellaneda fue el soldado Geró-



Martín de Riquer



nimo de Passamonte, quien a su vez había sido injuriado varias veces por Cervantes, a través de un personaje, el galeote Ginés de Passamonte, del primer *Quijote*.

Riquer comienza por dar lectura a la *Vida y trabajos de Gerónimo de Passamonte*, la autobiografía del soldado escrita en el tránsito entre los siglos XVI y XVII. Esta vida, por sí sola, ateniéndonos a la detallada paráfrasis de Riquer, es un documento extraordinario sobre la brega cotidiana de la soldadesca y de los sufrimientos indecibles que hombres como Passamonte y el propio Cervantes padecieron como prisioneros de los turcos. El castellano Cervantes y el aragonés Passamonte, dice Riquer, fueron compañeros de armas entre 1571 y 1573. Ambos cayeron en manos del enemigo y quedaron cautivos: Cervantes durante cinco años (de 1575 a 1580) en Argel, mientras a Passamonte le tocó navegar como remero forzado —galeote—, a lo largo del Mediterráneo, 18 años transcurridos entre 1574 y 1592. La sobrevivencia de Passamonte a las torturas sufridas sólo la explica su acendradísima fe católica en calidad de otra especie de místico en estado salvaje.

Libre tras algunos intentos fallidos de escapatoria, Passamonte escribirá su autobiografía, de la que Cervantes tuvo noticia hacia 1595. En el capítulo XII de la

primera parte del *Quijote*, Cervantes se burla de un criminal llamado Ginés de Passamonte, cliente de las galeras y, a su vez, autor de una autobiografía. El falso *Quijote* sería entonces la venganza tomada en 1614 por el soldado y autobiógrafo. Lo que más habría indignado a Passamonte, concluye Riquer tras una deliciosa caza sutil en los diccionarios, sería haber sido llamado “Ginesillo de Parapilla” (I, XII, I) y *parapilla* no vendría del italiano, como se creyó: aludiría, en el lenguaje internacional de los libertinos, a un pene alado y, probablemente, a la impotencia.

Aquí terminan los hechos y comienzan las conjeturas de Martín de Riquer para sustentar la hipótesis que identifica cabalmente a Alonso Fernández de Avellaneda con Gerónimo de Passamonte. Algunas son del orden filológico —tanto la autobiografía de Passamonte como el falso *Quijote* abundan en aragonesismos— y otras son de naturaleza religiosa: ambos textos comulgan en una ferviente devoción por los dominicos. En el falso *Quijote*, a su vez, se desarrollan calumnias familiares contra Cervantes, vertidas por Lope de Vega —lo cual lo ha situado como candidato a ser Alonso Fernández de Avellaneda— pero Riquer las resuelve colocando a Passamonte cercano al círculo napolitano del llamado

Fénix de los Ingenios. El resto de las nueve pruebas aducidas por Riquer concierne a la similitud de hechos narrados en la *Vida y trabajos de Gerónimo de Passamonte* y el falso *Quijote*.

Nunca sabremos qué ocurrió entre los soldados Miguel de Cervantes y Gerónimo de Passamonte mientras estaban encuadrados en el tercio de don Miguel de Moncado, desde el cual tomaron parte en la batalla de Lepanto, en la acción de Navarino y en la conquista de Túnez. Debieron de ser muy graves los hechos como para que Cervantes lanzara la primera piedra contra un devoto soldado que venía de tan largo cautiverio y cuya *Vida* narra sufrimientos indecibles que el propio don Miguel —preso que había sido él mismo— habría estado en condiciones morales de sopesar. Esas son las encrucijadas ante las que Martín de Riquer se detiene en *Para leer a Cervantes*.

En un proceso que alcanzó su culminación a fines del siglo XIX, Cervantes fue convertido, como Virgilio durante la Edad Media, en un santo y un mago, y el *Quijote* en insuperable escritura sapiencial y hasta mística, de la misma manera en que la *Eneida* fue libro de adivinación. A la crítica moderna le resultó muy arduo aceptar, por ejemplo, a un joven Cervantes sufriendo con una pendencia criminal en la Corte, entuerto del que lo sacó su providente padre. Entre quienes se oponen a la identificación entre Passamonte y Avellaneda no faltan algunos pocos que, todavía, ven en desdoro del magnaticio e imperial perfil humanista de Cervantes su asociación con una venganza tabernaria en la que él tendría la parte del diablo. Contra esa mitificación, que fue tan pesada y se ha ido diluyendo, escribió Francisco Ayala en 1950: “Ocurre con Cervantes que cuantos problemas le conciernen son llevados por la devoción a un paroxismo de estupidez. Las discusiones, por ejemplo, en torno a su carácter, con tesis extremas y simplistas, me asombran, porque leer a un escritor es conocerlo más de lo que se conoce al común de los conocidos, es ser sus íntimos; y quien carece de penetración para las almas, vano será que discuta; pero quien la tiene, tampoco necesita discutir, pues sabe con evidencia”. **U**